

Emilia Bernal

Notas para un ensayo sobre poesía gallega

ROSALIA DE CASTRO

(Fragmentos)



QUE Lope de Vega diga y que sea cierto: «¡Galicia, nunca fértil en poetas!» se explica. «El amor con sus ojos no se mira», acabo de leer en «Camino de las horas», de Pedro Prado.

Este verso nos da la clave de la escasez de obra lírica gallega. Pero es a partir de cierta época y en cierta época.

Tal es la poesía consubstancial a Galicia: tierra, cielo, río y gente, que no da lugar a su derivación artística, por ser el arte captación intelectual de la belleza, cuando, por no ser estado permanente, se impone como cosa singular.

La belleza, la poesía en tierra galaica está de tal modo diluída en el ambiente, vinculada a su medio, que dissociarla y especificarla en objetivaciones concretas es obra, no diré imposible, sino casi imposible, a sus hijos, amamantados con ella y sumergidos virtualmente, durante su existencia, en esa niebla amena y sentimental.

Sólo por un exceso de saturación cabría el desdoblamiento y esta es la causa de que la poesía gallega haya sido casi invariablemente de vena popular, cabe decir colectiva.

«Galicia, Punta de Europa», como la llama Victoriano García Martí, gallego representativo, es un paraíso ciertamente.

Entrando en tierra galaica, de inmediato el paisaje imprime su modalidad al espíritu. Ni el Ebro lodoso, ni el Tajo turbulento, ni el Guadalquivir florecido ejercen sobre el ojo contemplador esa influencia mágica del Miño niño, en su coloración verde azulena, corriendo manso, sin precipitaciones súbitas, estrecho y murmurador, reflejando el tono de la ribera y del cielo, símbolo de bienaventuranza terrestre. ¡Miño!, que a mi sentir en la ternura gallega significa *Mío* en diminutivo. Como si en el lenguaje de Castilla quisiéramos decir amorosamente: «¡Riachuelo mío»!

Los valles de ondulaciones imprecisas que se copian en la frente y en la armoniosa mirada del pueblo; los valles florecidos de uniforme ginesta, imponiendo su gama de oro, que es mejor luz cuajada y las camelias que recorren desde el encarnado subido hasta el blanco marfileño, taraceando el verde del conjunto campesino. Y para complemento, las urces inmarcesibles y los cantuesos con sus flores moradas, más bajos que los arbustos de las camelias, imponiendo la cumbre del color teológicamente. Allí el laurel simbólico crece silvestre. El trigo en los aledaños compostelanos es manta sobre la tierra. Y las mujeres agricultoras, con sus hijos, forman parte del paisaje complutense.

Cielo claro y alto y con demasiada frecuencia en el espacio el *arco da velha* (1), porque en Galicia siempre en alguna parte llueve.

Este es el enfoque de Madrid a Santiago de Compostela por la carretera.

Así está rodeada la ciudad única, Meca del Occidente, de hábito empapada en lluvia, caliginosa y opaca otras veces. Y por ello también hospitalaria del viandante, con sus anchos por-

(1) Arco iris.

ches a lo largo de las calles, que entran bajo ellos con sus losas cuadrangulares centenarias,

Tapiales cubiertos del velludo del musgo, exuberantes de trepadoras de un verde carnal, y las camelias, asomándose en muchedumbre por encima de ellos como señoritas curiosas de pueblo.

El Sar, río amigo, que va borbotando sonoro entre piedras y su hermano el Sarela, de tal modo corren que se siente en su facilidad y abundancia algo que fuera como la causa de esa ingenuidad y candor gallegos.

Santiago son las fuentes medievales de sus plazas, llenas de mociñas que van y vienen con el cántaro a la cadera; la casa de la Troya abarquillada y chueca; el palacio de Gelmires, único monumento civil dejado por la cultura gótica, con sus arcos, arquitrabes y capiteles realistas donde aun se ven esculpidas las aldeanas del siglo XII, cortando el pan que aprietan al vientre, con el cuchillo hacia adentro; los cuatro claustros ruinosos del hospital de apestados en la época de las peregrinaciones a la tumba del apóstol, tan evocadores y artísticos; Santa María del Sar, la iglesita gótica que el río ha desequilibrado de tanto roerle los cimientos, de modo que los fustes que sostienen su techumbre, abajo se juntan y arriba se abren, como manos que ofrendan; la catedral involucrada e incomprensible con el Pórtico de la Gloria del hermano Mateo, la obra española más enjundiosa y acabada de la escultura del siglo XIII; la desproporcionada imagen bizantina de Santiago, en oro de ley; su tumba misma, que dicen malas lenguas de Tertuliano; el lienzo alto, elegante, magnífico, que levanta el alma sin que ella sepa por qué, y es por su euritmia, en el Seminario, al costado de Las Platerías; el manteo que llevan como caballeros de capa y espada los frailes y seminaristas. . .

Santiago es la catedral en domingo de ramos, donde, por no haber palmeras, se puebla de varas que llevan en la punta atado un ramillete de hojas de laurel entretejidas de camelias.

Así la multitud armada de flores forma un campo de fustes, que verticales, rivalizan con los fustes góticos esbeltos. Y si el paso de la procesión claustral inclinados siguen, le forman en dosel, al cruzar de los ramos, una cresta florecida. Santiago es el *botafumeiro*, que colgado del centro mismo de la cúpula de la catedral va y viene incensando, a la altura de la cabeza de los feligreses. Santiago es su ambiente húmedo y triste, con tristeza de morriña celeste; sus pobres galleguiños que hablan el castellano con los verbos pretéritos en pasado absoluto, que pronuncian la «g» como si fuese «j»; que creen en las *brujas* (2) salidas a medianoche de los *castros* y los *pazos* (3) en ruinas; que se atan la cabeza y el busto con pañuelos de policroma gracia, producto de su fantasía, arte popular que llaman. . . Santiago es todo esto.

Por tal bagaje de influencias naturales, más que por la tan traída y llevada herencia celta, se comprenderá como habría de ser una poesía regional gallega.

Veamos:

Lo masculino y lo femenino son fuerzas eternas que se han separado no sólo para perpetuar la especie, sino, a veces, yo no sé con que otros fines. El caso es que se hallan asexualmente sensibilizando acá o acullá con todas sus características y efectos congruos, modalidades diversas. Concretemos a la misma Península Ibérica y distingamos entre esos dos términos tan en paralelismo antagónico y repetido dentro del alcance de estos apuntes.

El genio másculo es inherente a Castilla y todos sus derivados. ¿Es la estepa castellana y su *secura* y su *médula* lo que sustancia tal modalidad? ¿O existe una modalidad *a priori* que produciendo ese altiplano, esa enjutez y ese todo, deriva en perfectas cualidades de hombría?

Así en el total de lo masculino y lo femenino que produz-

(2) Brujos. (3) Ruinas romanas, palacios.

ca Castilla la textura será siempre varonil. Tanto da que sea Teresa de Cepeda. Hasta en el plano de lo contemplativo ellos son dinámicos, organizadores, activos, construyen y secundan. Esto es viril.

Volvamos la hoja y en el reverso miremos a Galicia. Allí todo es el eterno femenino en esencia y potencia. Y esto ya lo he dejado sentir bastante en líneas anteriores. Ahora sólo señalaré que una de las manifestaciones más recias de esa feminidad es su poesía, y no ya sólo en lo que se refiere a las cualidades internas de la misma, sino a su procedencia concreta.

El Padre Sarmiento afirma que eran las mujeres las que improvisaban a sus hombres las coplas en Galicia, ajustándolas al mismo tiempo a la tonada, todo ello sin conocimiento técnico alguno, cantando sus amores, sus desengaños, sus esperanzas y sus quejas. Es decir, que toda la poesía gallega popular está en *cantigas de amigo*. No había, pues, *cantigas de amor*, que eran aquéllas en que el hombre llevaba la palabra.

Hasta cuando surgen poetas hombres ellos cantan generalmente asuntos femeninos y toman la iniciativa en nombre de la mujer. En Galicia, pues, en el hombre y en la mujer prima la nota femenina. Y de su tierra, que lo produce, me pregunto lo mismo que de la antagónica de Castilla. ¿Es ella lo primero? ¿O hay detrás de ese primero algo más prístino aun que lo produzca?

Galicia ha dado un porcentaje ciertamente superior al de cualesquiera otras regiones españolas, de mujeres singulares: Santa María, Santa Eufemia, Santa Ildura, doña Odosinda, doña Mayor, doña Inés de Castro. Inés de Castro, la infortunada víctima de don Alfonso IV, asesinada en Coimbra, la figura que ha dado mayor aporte legendario, Juana de Vega. La hermana del autor de Fray Gerundio, doña Francisca Isla. María Pita, la heroína defensora de la Coruña sitiada por los ingleses en 1589 y consagrada alférez a perpetuidad por Felipe II. Y de trilogía en trilogía contemporáneamente las tres mujeres más

grandes de España: Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán y nuestra Rosalía.

En Galicia la mujer es todo: la madre. La mujer muchedumbre y cumbre gallega es madre de sus hijos, madre de su marido y madre de sus animales domésticos. Ella gana el pan diario y ella cultiva la tierra.

Si queremos enumerar, aunque bien a la ligera los elementos literarios de la obra de Rosalía de Castro, podemos decir: parafraseó lo perfecto; ensanchó los vuelos de un arte que rechaza en su sencillez, innovaciones; asimiló ideas y sentimientos colectivos; continuó en ella el espíritu tradicional de su pueblo; se unió a los poetas del Cancionero Vaticano, sin conocerlos, por la igualdad de los temas, y por la manera de tratarlos, respetando así la tradición literaria, supo interpretar el sentimiento femenino, nota singularísima de la poesía gallega...

Y desde un punto tiernamente humano ¿no la veis madre en su poesía, abrigando bajo su refugio a todos los gallegos, los que se van, los que se quedan, los que sufren, los que gozan, los que no vuelven? ¿No la veis intérprete fiel y sensitiva de sus honduras sentimentales y de sus consuetudinarios pequeños problemas? ¿No la veis recreando una forma popular poética de un modo tan maternal en lo cósmico y divino, que no llega jamás a saberse dónde está la soldadura ni dónde la precedencia? ¿No la veis adolorida del alma y del cuerpo, madre en la carne también, como las otras gallegas, cobijando a su prole? ¿No la veis, ya comida de saratán maligno, en Padrón, sembrando y cultivando el huerto como las mujeres de su pueblo? ¿No es esto la suma requintada de todas las cualidades básicas de su gente?

Por eso Rosalía de Castro ha quedado eterna. Y su libro *Cantares gallegos* será siempre el breviario de Galicia. De tal modo en él Rosalía fundió su alma al alma múltiple de su patria, que, según dice Emilia Pardo Bazán, existen coplas que ella refundió y que todavía durante la vida de su autora (tan

rápida fué la cristalización, por la común esencia de ellas) corrían en boca del pueblo como anónimas, en tanto que la auténticamente folklórica era atribuída a Rosalía.

No quedó, pues, por sus otros libros, por *Follas novas* tan desgarradas y tan téticas y tan bien soldadas, porque, a pesar de que encarna en ellas otro matiz racial suyo, no menos profundamente: «El apartarse de los demás versificadores de la métrica obedeciendo sólo a la cadencia, antiguo modo de la poesía gallega popular», como dice la propia frase de Julio Cejador. *Follas novas* es ya un libro personal, individualmente suyo, y esto no tiene la significación de lo que sale del hombre convertido en la expresión de todo el sentir de un pueblo.

En *Follas novas* y *En las orillas del Sar*, Rosalía se entrega con la amargura de siempre, añadiendo una amargura más: la de un amor vivo y desesperanzado que sostuvo en el plano de lo ideal. Y aquí se nos pone en evidencia noble el carácter de Manuel de Murgía que amó, y admiró y dió carta de publicidad abundosa a unos ayes líricos arrancados a su mujer por un amor que no era el suyo.

Rosalía de Castro es el encuentro directo de Dios con un hombre por quien él habla al lenguaje de lo eterno humano. Regiones que han logrado producir un tipo así ya pueden considerarse como signos entre este andar de pueblos acéfalos.

Pudiera ser raíz y copa del árbol entero de la obra de Rosalía de Castro este su gran poema que dice:

Mais ve qu'o meu corazón
e unha rosa de cen follas
y e cada folha unha pena
que vive apegada n'outra.
Quitas unha, quitas duas
penas me quedan de sobra,

oxe dez, mañan corenta
desfolla que te desfolla.
¡O corazón m'arrincaras
des q' as arrincaras todas! (2)

Airiños, airiños, aires
airiños los de mi tierra,
airiños, airiños, aires,
airiños, llevadme a ella.

Sin ella vivir no puedo,
no puedo vivir contenta.
Por donde quiera que voy
cúbreme una sombra espesa,
cúbreme una espesa nube
tan preñada de tormentas,
tan de soledad preñada
que el alma mía envenena.
Llevadme, airiños, llevadme
igual que una hojita seca,
que seca también me puso
la calentura que quema.
¡Ay! si no me lleváis presto
airiños los de mi tierra,
si no me lleváis, airiños,

(2) Rosalía de Castro nació el 13 de febrero de 1837. Estas páginas tienen el objeto de conmemorar el primer centenario de su nacimiento y los poemas que siguen han sido traducidos por Emilia Bernal, poetisa cubana que se encuentra desde hace algún tiempo entre nosotros.

quizás no me conocieran
que la fiebre que me come
me va consumiendo lenta
y en este corazoncillo
también traidora se ceba.

Fuí en otro tiempo encarnada
del color de la cereza,
ahora soy descolorida
como el cirio de la iglesia
cual si una bruja chupona
la sangre mía bebiera.
Voime quedando sequita
como una rosa que invierna,
sin fuerzas voime quedando,
voime quedando morena
cual la hija de una mora
hija de mora ralea.

Llevadme, llevadme, airiños,
llevadme donde me espera
la madre que por mí llora,
el padre que por mí alienta,
el hermano a quien daría
la sangre que hay en mis venas
y un amorcillo a quien alma
y vida le prometiera.
¡Ay! si no me lleváis pronto
airiños los de mi tierra,

si pronto no me lleváis
me moriré de tristeza,
sola, en una tierra extraña
en donde extraña me mientan,
donde todo cuanto miro,
todo, me dice: extranjera...

¡Ay! ¡Ay! mi pobre casiña,
¡Ay! mi vaquiña bermeja,
mis ovejas baladoras
por los montes y veredas,
mis palomas, mis palomas
arrullando por las eras,
mozos que chillan bailando,
redoble de castañuelas,
chas-co-ras-chas de las conchas,
repique de panderetas,
tambor del tamborilero,
¡Gaitiña! ¡Gaita gallega!
No me alegrarás ya nunca
diciéndome: ¡Muiñeira!

¡Ay! quien fuera pajariño
de leves alas ligeras,
con qué prisa volaría
loquita de tan contenta
para cantar la alborada
en los campos de mi tierra.
Ahora mismo partiría,
partiría como una flecha,

sin miedo a la oscura noche,
sin miedo a la noche negra
y aunque lloviera y venteara
y aunque venteara o lloviera
volaría, volaría
hasta que alcanzase a verla.
Pero no soy pajariño
e iré muriendo de pena
ya en lágrimas convertida
ya en suspiriños deshecha.

Dulces, galleguñños aires,
quitadorciños de penas,
encantadores del agua,
amantes en la arboleda,
música de verdes cañas
del maíz en nuestras vegas,
alegres compañerñños,
run-run de todas las fiestas,
transportadme en vuestras alas
igual que una hojiña seca,
no dejéis que muera aquí,
airiños los de mi tierra,
que aun después de muerteciña,
he de suspirar por ella...
Pienso aún, airiños, aires,
que después que muerta sea
y allá por el camposanto
donde enterrada me tengan
pasaréis en la callada
noche, entre las hojas secas
o murmurando medrosos

por entre las calaveras,
que aun después de muerteciña,
airiños los de mi tierra,
os he de gritar: ¡Airiños!
¡Airiños, llevadme a ella!
Mayo largo, mayo largo,
todo cubierto de rosas,
para unos telas de muerte,
para otros telas de boda.

Mayo largo, mayo largo,
huyes corto para mí.
Contigo mi dicha vino,
contigo se volvió a ir.

La mano trémula, palpitante, al cielo,
las nieblas en mis ojos condensadas,
con un mundo de duda en los sentidos
y un mundo de tormento en las entrañas
sintiendo como luchan
en singular batalla
inmortales deseos que atormentan
y rencores que matan.

Mojo en mi propia sangre dura pluma
rompiendo vena hinchada
y escribo... escribo... ¿Para qué? ¡Volved
a la hondura del alma
tempestuosas imágenes
a morar con las muertas remembranzas!



Que la mano nerviosa sólo escriba
palabras y palabras y palabras...
¿Dónde la inmaculada y pura forma
del pensamiento, se quedó velada?...

Llévame a aquella fuente cristalina
donde juntos bebiendo
las purísimas aguas, apagábamos
la sed de amor, la llama del deseo.

Llévame por la mano, cual un día.
¡Mas no! que tengo miedo
de ver en su cristal
la sombra de aquel negro
desengaño sin cura
que entre ambos puso el tiempo.

El cielo azul clarísimo,
el suelo verde intenso,
en el fondo del alma
todo sombrío y negro.

¡Qué alegre romería!
¡Qué risas y contento!
y mis ojos en tanto
de lágrimas se llenan

Cubiertos de verdura
brillan los campos frescos,
mientras la hiel amarga
desborda de mi pecho.

¡San Antonio bendito,
mándame un hombre,
aunque me pele,
aunque me azote!

¡Mándame, San Antonio,
un hombrecito,
aunque sea como un grano
de chiquitico!

Mi santo, dámelo,
que tenga los pies cojos,
mancos los brazos,

que una mujer sin hombre,
santo bendito,
es corpiño sin alma,
fiesta sin trigo,

un monigote
que va por todas partes
a troche y moche.

Pero en teniendo un hombre
¡Virgen del Carmen!
todo el mundo es para ellos
refocilarse.

que manco o renco
es bueno siempre un hombre
para un remedio...

Yo sé de uno que envidia
causa mirarlo,
airoción de cuerpo
y colorado,

carniñas de manteca
y palabras tan dulces
cual embusteras.

Por él peno de día,
de noche peno,
añorando sus ojos
color de cielo;

pero ya es ducho
y de amorciños fáciles
entiende mucho ...

Mi santo San Antonio,
hazlo que venga
a casarse conmigo,
nene soltera,

que llevo en dote
un cucharón de hierro,
cuatro de cobre,

un hermanito nuevo
que trae ya dientes
y una vaquita vieja
que no da leche.

¡Ay, mi santiño,
concédeme que sea
cual te lo pido!

San Antonio bendito,
mándame un hombre,
aunque me pele,
aunque me azote,

que manco o renco
es bueno siempre un hombre
para un remedio.

Desde aquí veo un camino
que no sé a donde va.
Por lo mismo que no sé
quisiera poderlo andar.
Estrechito serpentea
entre el prado y el nabal.
Lo hicieron ora escondido,
relumbrando más allá;
mas siempre, siempre tentándome
con su lindo clarear
que pienso, no sé por qué,
las villas que correrá,
los robles que lo sombrean,
que fuentes lo regarán.

Camino, camino blanco,
no sé para donde vas,
mas cada vez que te veo
quisiera poderte andar;
ya cojas para Santiago,
ya vayas para el Portal,
ya en San Andrés te detengas,
ya llegues a San Cedrán,
ya, en fin, te pierdas quien sabe
en dónde ¿qué más me da?
que ojalá en ti me perdiera
para no encontrarme más...

Pero tú sigues derecho
siempre, para donde vas.
Yo quedo clavada donde
arraigo tiene mi mal.
¡No huyo, no! que aunque huya
de un lugar o otro lugar,
de mí misma, nadie, nadie,
nadie me libertará...

Cuando pienso que te huyes
negra sombra que me asombra,
al pie de mis cabezales
tornas, haciéndome mofa.

Cuando siento que eres ida
al mismo sol te me asomas
y eres la estrella que brilla
y eres el viento que sopla.

Si cantan tú eres quien canta,
si lloran tú eres quien llora
y eres arrullo en el río
y eres la noche y la aurora.

En todo estás y eres todo.
Dentro de mí misma moras.
¡Nunca me abandonarás,
negra sombra que me asombras!

Mas ve que mi corazón
una rosa es de cien hojas
y cada hoja una pena
que vive pegada a otra.

Quitás una, quitás dos,
penas me quedan de sobra.

Hoy diez, mañana cuarenta.
Deshoja que te deshoja.

¡El corazón me arrancarás
si las arrancarás todas!

Santiago (Chile), enero de 1937.